

Seix Barral Biblioteca Breve



Juan Manuel Robles

Nuevos juguetes de la guerra fría





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan Manuel Robles
Nuevos juguetes
de la guerra fría

© Juan Manuel Robles, 2015, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-322-2890-2

Depósito legal: B. 9.126-2016

Composición: Gama, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L., Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

El editor hace constar que se ha hecho todo lo posible por localizar a los poseedores de los copyrights de las imágenes que ilustran esta obra, por lo que manifiesta la reserva de derechos de los mismos y expresa su disposición a rectificar errores u omisiones, si los hubiere, en futuras ediciones.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

- 11 UNO. Mensajes desde el espacio
- 123 DOS. El Che mirando la televisión
- 231 TRES. Los Cobra somos nosotros
- 259 CUATRO. El poder de Grayskull
- 451 CINCO. Lápiz y Tornituerqui
- 469 *Agradecimientos*

I

Mi nombre es Iván Morante y un día se conocerá mi historia. Este no es un deseo propio; al contrario, es algo que ocurrirá sin mi consentimiento ni razón, pasará en algún momento que mi pasado terminará de escribirse y será una suerte de parábola dócil que ayude a explicar o entender ciertas cosas, ciertas vibraciones de la historia, ciertas insignias que nos dieron protección y fe. Me queda claro que no seré yo quien la escriba, esa historia, o en todo caso, lo que yo escriba no tendrá mayor efecto en la circulación de ese pedazo de mi existencia, en el acto de instalar la fábula en los imaginarios que corresponda. Esto último me habría causado tristeza en otros tiempos, porque les tengo cariño a las palabras, porque he ido aferrándome a ellas, pero ahora me parece lo más lógico del mundo. No soy quién para contar un relato que a estas alturas no me pertenece. De hecho, es posible que sea la persona menos indicada. Yo solo estuve en el lugar y en el instante justos, en las coordenadas precisas, y caminé en esos márgenes y actué según los usos — ¿husos? — que me tocaron entonces, y la coincidencia fue suficiente para que me estén reservados esos rectángulos vacíos, esas viñetas por estrenar.

Pero los dibujos los harán otros. Eso me va quedando claro. Otros decidirán qué prevalece y qué no. (Quizás hasta me pongan un mejor rostro.)

Hace frío afuera. Me he despertado hace menos de cinco minutos. Vuelvo a mirar la foto que está en la pared del cuarto. Cada mañana la tengo en mi área de visión, pero solo a veces me detengo a observarla. Está fijada allí con un pedazo de cinta adhesiva, un trozo pequeño —como un botón— porque no quiero que la pared se maltrate o se descascare o se manche. Sé que mandar a pintar una pared en Nueva York cuesta una fortuna. Es una de las historias paranoicas con las que te asaltan tus hermanos latinos desde el comienzo, además de las plagas de *bedbugs*, los operativos de la policía migratoria y el frío del invierno. Este es el segundo invierno que paso aquí y no es para tanto, la verdad, no es nada que no pueda solucionarse con un abrigo o una parca; vengo de Lima y en Lima no hay nieve pero el frío es húmedo y se te mete en los huesos por más que te pongas tres chompas. Aquí el frío es más seco y uno no tiene que sentirlo si no quiere, porque los edificios y las casas y cualquier local público, incluido el restaurante donde trabajo, tienen sistema de calefacción. Vivo en un quinto piso en Harlem. Desde aquí puedo ver el extremo norte de Central Park, que ahora está cubierto de nieve. No conocía la nieve pero sí el granizo, lo vi cotidianamente cuando viví en Bolivia. También allá hace frío, sobre todo por las noches. La foto de la pared fue tomada en La Paz, en 1985. Tengo seis años. Estoy aprendiendo a leer.

La niña que está al lado mío es Rebeca, mi hermana mayor.

En la esquina de la foto dice 8-11-85 con números anaranjados. Son cifras digitales de siete segmentos, de esas que al encenderse en conjunto forman un ocho. La foto fue tomada un viernes. El cielo de La Paz tuvo pocas nubes ese día. Hizo frío por la noche, tres grados centígrados sin calefacción. El sol salió a las 5.53 de la mañana y se ocultó a las 6.41 de la tarde. Hubo luna menguante. (Google y sus calendarios hiperrealistas: uno puede rastrear tantas cosas; hoy, por ejemplo, dice que llevo viviendo 11.407 días.)

Algunos reconocerán inmediatamente el uniforme que llevo en la fotografía. Depende de cuánto sepan de historia y de los viajes que hayan hecho, o la atención que hayan prestado a la prensa internacional, a algún informe de la CNN o la Televisión Española. La mayoría de los que pasan a mi habitación no saben cómo interpretar lo que ven, otros sí, pero aun quienes no tienen la menor idea detectan al instante la densidad de la foto, su espesor documental, saben o intuyen que mi vestimenta no es una pieza de utilería o un disfraz, sino el traje de un momento repetido, un traje, digamos, en pretérito imperfecto.

Me *ponía* un pantalón rojo. *Usaba* una boina. (En inglés no existe el pretérito imperfecto.)

Mi celular empieza a vibrar. La persona que me busca lo hace porque quiere hablar conmigo sobre esos años. Estoy esperando su llamada desde ayer. Quizás por eso desperté pensando en la foto. ¿Hace cuánto la recuperé? ¿Dos años? ¿Tres? No sé, el caso es que la foto ya no es lo que solía ser: veo en ella elementos que antes no veía. La veo en tres dimensiones; los pasadizos que la circundan, las personas que no están pero que respiran cerca.

Siempre me gustó recordar. Soy aficionado a hacerlo desde que tengo uso de razón, o mejor, *desde que tengo memoria*; convierto objetos físicos en añoranza en cuestión de días, los adscribo a algún casillero del pasado, a algún lugar de tránsito o de felicidad, a una playa que nunca volvimos a visitar, a un hotel que ya no existe, una ciudad lejana, una isla, o lo vinculo a la presencia de alguien que estuvo de visita —la voz—, con la música inicial de unos dibujos animados que solo duraron dos temporadas. El auto de carreras amarillo que encendía sus luces al contacto con la pista es la ventana abierta de la quinta en que vivíamos, en Lima, y un parlante en el que suena *We are the world, we are the children*. El pingüino de goma de la corneta averiada es el verano en el que instalaron el primer teléfono de pared, plástico

pulido marrón, con botones y sin disco. Es algo que me gustó practicar desde niño, la vejez prematura de las cosas, la apurada nostalgia. Quizás por eso creí que iba a ser muy fácil traer de vuelta esos años en que iba de uniforme —vuelvo a mirar la foto de la pared—, que todo lo esencial estaba contenido ya en mi cronología íntima de la existencia entre 1985 y 1989, un torrente de vida que habita en mí y que siempre quise poner en palabras. Así llegué a Nueva York, con ganas de contar esa historia, o una historia parecida. La memoria estaba allí. ¿Qué más tenía que hacer aparte de ponerme a recordar? Pero ese fue el problema: *recordar*. Hacerlo pensando que el pasado es estático, indeleble como las rocas muy grandes, como los acantilados viejos.

Llegué a la ciudad y me las arreglé para ponerme a escribir.

Todo iba bien, supongo, pero pasaron cosas que no había previsto. Algunos libros y recortes viejos llegaron a mis manos. Gracias a ellos recobré ciertas imágenes y esas imágenes despertaron visiones, olores y texturas. Canciones y textos que había olvidado se me aparecieron nítidos como un rezo o un conjuro: una vez que dije la primera palabra, no fue difícil seguir. Después vinieron, también nítidos, viejos rostros nuevos.

La foto de la pared ha crecido. La foto está gorda. La foto podría ser una espléndida viñeta —los uniformes, los colores, mi expresión infantil y solemne—, aunque tampoco será mi decisión si ponerla al comienzo, al medio o al final de la historia. Ahora lo entiendo.

Mis recuerdos son apenas el insumo bruto de algo que ya no me concierne. Así pasa a veces: la historia expropia lo que creíste tu vida íntima.

El teléfono sigue vibrando.

Me necesitan, a mí y a mi memoria.

La niña de la falda roja que está en la foto es mi hermana Rebeca, la segunda de mis hermanas mayores, la que creció conmigo durante los años que vivimos juntos en Bolivia, compartiendo la habitación, la escuela y los juguetes. Siempre me contengo un poco antes de mencionarla, siempre dudo. No me gusta hablar de mi hermana Rebeca y tampoco me gusta hablar con ella; de hecho, he evitado hacerlo durante años, lo que no ha sido difícil considerando que desde bien entrada la secundaria vivimos en países distintos y solo nos encontramos en las Navidades o los matrimonios o los eventos importantes, y entonces todo es protocolar y no tengo que sentarme a escuchar cómo se sumerge en lo más profundo de nuestros recuerdos. Los recuerdos: ese fue siempre el problema de mi hermana Rebeca, si se puede llamar problema a la insólita virtud de recordarlo absolutamente todo, de no borrar lo que la mayoría borra por protección o simple erosión, de grabar con la nitidez de las imágenes y la claridad de las escenas. Ella decía que su condición se limitaba a la memoria de episodios, pues era capaz, y lo sabíamos, de olvidar pasaportes y documentos de identidad en las circunstancias más inoportunas. O sea, no era que mi hermana estuviera enferma de claridad o que viviera recluida en un mundo de evocaciones o que aprendiera idiomas con solo escucharlos, como cierto héroe fantástico cuyo nombre ya no recuerdo. Simplemente, su testimonio era tan vívido que se adueñaba de las cosas que veía. Mi pasado era suyo.

Nos dimos cuenta de eso al cabo de unos años, poco a poco, cuando nuestra niñez se acababa y recordar se volvió un ejercicio espontáneo de sobremesa. Cuando mi hermana Rebeca decía «¿Te acuerdas de...?», lo que en realidad estaba haciendo era una pregunta retórica. No estaba invitándote a compartir un pedazo de vida que te pertenecía tanto a ti como a ella. Hacía algo distinto: estaba por inocular en tu

mente una pieza, un pasaje, un capítulo. Y aunque al principio parecía divertido, con el tiempo llegó a asustarme, o como dicen los que creen en las energías, a dejarme *cargado*. Porque no solo era el hecho de proyectar sin tu permiso fragmentos que no aparecían en tu idea personal de una biografía, como las escenas descartadas de la sección «Bonus» de un DVD, también empezó a corregir recuerdos, a contradecirlos en medio del rumor de los tenedores de cualquier almuerzo familiar. Le bastaban dos detalles para que su versión venciera. De hecho, para ella no había competencia posible. Detectaba el error, lo corregía en voz alta y seguía comiendo. No se sentía orgullosa de esclarecer nada ni ponía gesto de vencedora. Lo suyo era algo tan mecánico y vigoroso —y al mismo tiempo, tan ajeno a su conciencia— como apretar el botón *play*.

Había algo de violencia en sus palabras, aunque ella no fuera capaz de darse cuenta. A mí me gustaba convertir pequeños objetos en nostalgia, hacerles una historia. Y entonces aparecía Rebeca para negar la autenticidad de las cosas, para informarme del origen verdadero, el momento preciso en que ese juguete o chuchería había aparecido en mi camino: no el verano en que frecuentábamos Cervatel, sino antes que yo naciera; no cuando fuimos a cierta ciudad del norte, sino un año después, en Lima. Con qué frialdad miraba las cosas mi hermana, con qué calma me decía, por ejemplo, que cierta lupa de plástico no fue un regalo de nadie, sino que vino dentro de una bolsa de detergente, y yo lloraba mientras le decía que eso no era cierto. Recuerdo —*recuerdo*— haber escondido ciertas pertenencias mías en el fondo de un cajón, no para cuidarlas del polvo o de cierta mascota destructiva, sino para resguardarlas de ella, mi hermana mayor, de su ojo coleccionista que me arruinaba la magia.

Siempre sospeché, eso sí, que Rebeca estaba convencida de que nuestra forma de ser, la forma de ser de sus hermanos, no hubiera sido la misma si recordáramos *bien*. Ella sí recor-

daba bien, ella podía archivar, catalogar, relatar. Quizás por eso me parece extraña la foto de la pared, porque en ella Rebeca sonríe y en mi memoria —*mi* memoria— su rostro siempre va cubierto por un aura de intranquilidad, sus ojos no parecen estar mirando nada, sino vigilando las cosas, es-
crut ndolas como una lechuza, comprendi ndolas de mane-
ra físicamente inofensiva pero poderosamente antigua: de
algún modo, todo lo que existe es para ella un corolario, la
cima de una sombra larga que viene de atrás, de mucho an-
tes, de un mundo inicial donde todo fue realmente nítido,
donde las cosas se fundaban todos los días.

Supongo entonces que deb  advertirlo. Deb  prever que
recordar esos años iba a hacer que ella se cruzara de nuevo
en mi camino. Ocurrió hace unas semanas. Los dos coinci-
dimos en Lima, donde pasamos las vacaciones de fin de año
en la casa de nuestros padres. Comet  el error de dejar olvida-
das las hojas impresas de algo que ven  escribiendo hacía
meses. Las dej  en el lugar equivocado. Ella las tom  y se
puso a leerlas.

—  Est s escribiendo sobre la escuela? —pregunt  (ret -
ricamente).

Y entonces trat  de no escuchar, pero escuch .

All  empezó todo, más o menos. O debiera decir: así *vol-
vi  a empezar todo*.

El celular vibra bajo la almohada y me remece el cráneo.
Mis pensamientos tintinean.

3

La memoria, ejemplo t pico. Una adolescente decide
que es momento de hacer el amor por primera vez. Invita al
novio a su casa a una hora en que sabe que la casa estará sola.
Ya han pasado cosas, ya se quitaron la ropa otras veces, ya se
frotaron juntos, ya se tocaron, ya se lamieron y se provoca-

ron. Sin embargo, no lo han hecho todavía y ella piensa que es el momento. Él toca la puerta. Ella abre. Se miran. Hay un espejo y pueden ver lo bien que se ven juntos. Se besan. Van al cuarto. Él se abalanza torpemente y, sin querer, hace que ella se golpee la cabeza contra la pared —lleva un gancho en el pelo lacio castaño largo—; ella se queja, voltea a mirar la pared y allí, sobre el empapelado de flores, ve una araña gorda trepando hacia el techo. La ven juntos. Pierden dos minutos tratando de matar a la araña, que logra escapar del primer zapatazo pero no del segundo, pluag, y gastan dos minutos más en limpiar de la pared la mancha líquida del abdomen arácnido. Luego vuelven a echarse, se desnudan, se rozan, él usa la lata de crema Nivea de ella para lubricarse el pene, que en los dos primeros intentos no ha podido entrar. La crema funciona, él puede sentirlo.

Pero justo en ese momento la chica empieza a llorar a gritos y lo agarra a golpes.

Ella acaba de recordarlo *todo*.

Yo estaba en un bar del centro de Lima cuando una amiga me contó esta historia. Ella tomaba un trago en copa de martini, un líquido verde con una cereza decorativa en el borde: utilería de fin de siglo, detalle comodín.

—¿Puedes creer que lo había olvidado?

La luz tenue se reflejaba en su cara, el pelo largo se percibía más lacio que de costumbre. Y por supuesto que no, no podía creer lo que me decía. Nadie está dispuesto a aceptar que lo que realmente gobierna nuestra psiquis es la amnesia. De niño, me irritaba que otros repitieran mal pasajes de películas que yo creía recordar con gran precisión. ¿Por qué la gente reproduce mal las palabras que escucha? ¿Por qué no pueden ser fieles, *como yo*? Pasaron varios años —y en esto tuvo que ver, sin duda, mi hermana Rebeca— antes de darme cuenta de que mis recuerdos eran tan imprecisos como los del resto, que uno vive ejerciendo diversas formas de traducción (los recuerdos como elásticos ideogramas). Para cuando fui a

ese bar, era suficientemente grande como para saber que la memoria no nos dice la exacta verdad de nada. Pero el relato que escuchaba ahora rebasaba los límites. Allí estaba esa mujer que no era una adolescente ni una niña —dos momentos nítidos de su historia—, una mujer que yo había conocido en la secundaria, en Lima, y que volvía a ver cuando ya éramos otros, o no sé si otros pero suficientemente distintos como para pedir su teléfono e invitarla a salir. No estoy seguro de cómo empezamos a hablar del tema. Sé que a veces hago preguntas demasiado invasivas sin que lo parezcan, sobre todo si estoy frente a alguien que me causa intriga. Algo no encajaba entre su apariencia —36D a la sombra— y su nulo registro sexual. Apelé entonces al Método Capote de Reciprocidad Confesional: me hice la víctima contándole un drama íntimo y ella empezó a decir cosas. No lloró, pero puso voz aguda y densa. Incluyó en su relato una sala, la sala de la casa familiar en que vivió esos años, la sala de siempre, el sofá cómodo y antiguo en que una niña se encarama sobre un adulto. Un sofá muy vivo, quizás de color beige. El responsable era un hombre al que ella seguía llamando, con familiaridad sobrecogedora, «tío Lucho».

Fue eso lo que ella recordó de golpe ese día. Lo recordó y no lo olvidó más.

Nunca supe por qué me contó lo de la araña, pero era como si la anécdota no tuviera sentido sin ese detalle. Con los años, su historia se me ha hecho más nítida, le he añadido cosas, he afinado circunstancias. Lo de la crema Nivea lo inventé yo, debo admitirlo. Lo saqué de algo que viví o que creo haber vivido, algo que una vez comprobé posible y, por tanto, verosímil. De un modo u otro, el relato me ha perseguido. En distintos momentos he sabido de casos similares al suyo. Ella sonrió al final en el bar, como diciendo «ya no importa». No volvimos a salir salvo esa vez, lo último que vi fue su trasero macizo —calzón y no hilo dental, feas líneas cortándole las nalgas— sumergiéndose en medio de la no-

che por una entrada doméstica. Años más tarde, en una heladería de Miraflores, la vi de lejos. Estaba embarazada. Unos tres meses, cuatro o cinco (soy mejor calculando tallas de sostén que meses de gestación; ¿o soy igual de malo para las dos cosas?).

He olvidado su nombre.

4

la botella enciende el tamarindo_

Mi madre y mi padre tuvieron cinco hijos. Primero, a mis dos hermanas mayores, luego a mí y mucho después, cuando la vida les sonreía en un país distinto al suyo, tuvieron un niño y una niña más. Mi padre, para resumirlo de forma esquemática, era un periodista de izquierda que admiraba mucho a Fidel Castro. De hecho, a los veinticinco años comenzó a trabajar para él. Fue redactor de la agencia de noticias Prensa Nueva en Lima: apoyaba las causas de la isla, gozaba recibiendo despachos que daban cuenta de los avances de la lucha armada en El Salvador y Nicaragua. Su imagen para mí es monocorde: un hombre encorvado sobre su máquina de escribir, golpeando teclas solo con los dedos índices. Si me lo quedaba mirando por mucho rato, él detectaba la mínima variación en el silencio y volteaba a verme. No era una sonrisa lo que me lanzaba: era un gesto de conformidad, como de revisión técnica, la mirada final que le da un bibliotecario a sus repisas antes de irse a dormir. Imité el gesto —incluía levantar las cejas y alzar el mentón— y ahora es también mi gesto.

Cuando yo tenía cuatro o cinco años, papá nos llevó a todos a La Habana. Yo era muy chico entonces como para retener imágenes sólidas del viaje. Solo recuerdo la catedral, el malecón largo, el hotel en el que estuvimos alojados —que

tenía una piscina en la azotea — y el Morro. Esto último lo recuerdo porque mi padre le tomó una foto a mi madre allí. El Morro no salió completo: para que apareciera todo él habría tenido que retroceder hasta caer en el agua. Se hubiera ahogado. Y aunque retrocedió lo más que pudo, tanto que lo perdí de vista —y me dio tal susto que la escena en la que él retrocede no se me borra hasta hoy—, no consiguió la imagen de postal que buscaba. La foto final tuvo que salir con el Morro mutilado; allí, mamá es menor en edad de lo que yo soy ahora.

(Nos parecemos: el mismo corte óseo crea las mismas cejas pronunciadas y angulosas que proyectan la misma sombra cuando es de día; por eso, nuestros rostros dicen más o menos lo mismo: nos es imposible parecer cordiales bajo cualquier luz cenital.)

Mi hermana Rebeca me dijo una vez que en la piscina de ese hotel perdí el piso y casi me ahogo: fueron unas señoras cubanas las que me alzaron cuando yo ya empezaba a gritar y llorar. Esto me lo dijo hace más de quince años. Como casi todas las cosas que ella me cuenta, el episodio acabó incorporándose a mi memoria, fundiéndose de algún modo en el torrente. Me es fácil visualizar ahora que las señoras gordas me levantaron bruscamente y, más aun, que por eso me quedaron doliendo las axilas un rato. He llegado a tomarlo por cosa cierta.

Papá se sentía muy cómodo en La Habana. Dijo que volveríamos. Y de algún modo, volvimos.

En 1985, la agencia le propuso un puesto de corresponsal en Bolivia. No le costó mucho aceptar: el sueldo era mejor y el cargo también. Además, en ese tiempo, en el condominio en el que vivíamos en el centro de Lima, era frecuente oírlo hablar con mi madre, decir que la cosa estaba poniéndose «color de hormiga». Me dio risa esa frase; me preguntaba: ¿las hormigas son negras o color guinda oscuro? Creo que fue ese mismo año cuando, una noche, mi padre apare-

ció en casa con un amigo y me dijo que era su «huésped» —le encantaba enseñarme palabras nuevas—, me lo dijo no para pedirme permiso sino para informarme que él dormiría en mi cuarto. Me dijo también que nadie, ni en el colegio ni en el condominio en el que vivíamos, debía enterarse de que teníamos un amigo alojado allí.

Estreché su mano para sellar el secreto. Ya habíamos hecho algo así antes, cuando me convenció de revelarle nada más a él el nombre de la niña que me gustaba en mi clase de preescolar: Deborah. El huésped no era demasiado locuaz. Me invitó tofis alguna vez, pero en general habló muy poco conmigo; lo recuerdo poniéndose la servilleta en las faldas al cenar, una costumbre que en casa no teníamos. Quizás imité la operación. Una vez a la semana íbamos todos a cenar al barrio chino, pero el huésped se quedaba en el departamento. Papá decía que a su amigo no le gustaba el chifa y yo no podía creer que a alguien no le gustara la comida china. ¿Estás seguro, papi? En casa podíamos comer chifa pero no golosinas: la hermana de mi papá era química y decía que eran tóxicas. Tampoco compraban Kentucky Fried Chicken, y eso sí no lo compraban nunca, porque era muy caro y muy dañino: la única vez que lo comí fue en la fiesta de cumpleaños de alguien de mi clase, y no pude probar mucho porque las presas que me tocaron estaban todas carbonizadas y negras. En cambio, amaba el wantán frito con salsa roja dulce y lo pedía siempre al llegar. Por la noche, el huésped se sentaba a fumar con mi padre en la sala y veían juntos el noticiero, mientras yo me iba quedando dormido y escuchaba sus voces sin entender qué decían. Se reían juntos. Un día desperté y él ya no estaba.

Poco después, papá nos anunció que íbamos a viajar a La Paz y que viviríamos allí unos años. Tuve una despedida en el colegio. Hubo torta y Coca-Cola. Chizitos.

Llegamos a La Paz en un avión de Lufthansa durante una noche de lluvia fuerte. En esos primeros días, vivimos en

la habitación de un hotel del centro de la ciudad. Mis hermanas se quedaron en Lima unas semanas más, hasta que terminaron sus clases.

Mi tía Margarita me había dicho que en La Paz iba a haber menos moléculas de oxígeno —usó esa palabra, *moléculas*—, que podía dolerme la cabeza, así que era mejor no correr ni agitarme, pero yo no sentí nada al llegar. No me dio soroche, felizmente, y hasta salí con mi madre a conocer el granizo, que cayó súbitamente una de esas primeras tardes (lo vimos por la ventana y no pudimos contenernos). Extendí la mano para sentir las bolitas de hielo que dolían y quemaban, como balines de papel.

Unos días después, mi padre me llevó a la embajada de Cuba. Dijo su nombre y una puerta de metal se abrió con una descarga eléctrica. Vi a un guardia armado vigilando la entrada. Llegamos al edificio principal luego de atravesar un amplio jardín. Una vez adentro, caminamos por un pasadizo que tenía las paredes recubiertas con terciopelo rojo. Entramos a una oficina. Allí nos recibió una mujer.

—Saluda a la maestra, Iván. Empiezas el lunes.

La maestra tenía botas marrones y el pelo crespo. Olía a dulce y a cuero caliente. Papá le habló sobre mí. De rato en rato, los dos volteaban a verme. Yo me dedicaba a jugar con el muñeco de He-Man que traía de Lima y que había puesto en el bolsillo antes de salir. Por eso, por estar concentrado en el muñeco, recuerdo así la reunión: el primer plano del rostro de jebe de He-Man, el pelo rubio, las cejas enojadas, y el ruido ambiental de las voces de la maestra y mi padre.

No lo sabía, pero estaba por empezar mis días en la escuela.

—Vas a ser un pionero —dijo papá mientras la puerta de metal se cerraba pesadamente y el guardia armado le hacía un gesto de despedida. Muy pocas veces volví a verlo tan entusiasmado. Supongo que aún era joven. Tenía vigor, fuerza y todo el tiempo del mundo.

Mi hermana Rebeca llegó a La Paz unas semanas después y también entró a la escuela. A los dos nos asignaron una pañoleta azul de nailon.

5

La memoria, otro ejemplo típico. Tenía catorce años cuando reparé en mi prima hermana, que tenía doce. Ella visitaba mi casa y entraba a mi habitación con frecuencia para jugar solitario en la computadora. Conversábamos. Se llamaba Fátima. Fátima siempre subía dos melocotones, uno para ella y otro para mí. Un día, impulsado vivamente por una canción de moda que decía «voy a ir al grano, te voy a meter mano», me acerqué mientras ella barajaba cartas con el *mouse* en la pantalla (diamantes y tréboles tenían el mismo color: el monitor era en blanco y negro). Y entonces, sin más, le toqué el trasero. Había pasado semanas soñando con ese trasero. La familia de su madre tenía lo que ya en esos momentos la corrección política empezó a llamar «sangre afroperuana». Vivían en La Victoria, en un condominio de Matute al lado del estadio de Alianza Lima donde Teófilo Cubillas anotó muchos goles, y aunque ella salió híbrida («finita y no tan oscura», dijo aliviada nuestra abuela al verla), esas caderas venían de donde tenían que venir. Es difícil tener algo así en tu cuarto, es complicado tenerlo y no tocar.

Entonces toqué. Fátima se llevaba el melocotón a la boca con la mano izquierda y con la otra, moviendo el *mouse*, ponía un diez de espadas debajo de un jota de corazones. Detuvo súbitamente ambas operaciones. Supe por primera vez lo que era una nalga, su textura, su densidad. No estaba mal, pero ella se paró de golpe y se fue.

(Comprobé que el juego solitario se había quedado en un punto muerto en el que no se podía avanzar).

Ella no volvió más a mi cuarto.

Años más tarde, nos encontramos en una parrillada familiar. Tomé whisky y la hice reír. La besé al caer la noche. Luego de eso, empezamos a vernos sin que nadie se enterase, técnicamente estábamos cometiendo un incesto y la familia no debía darse cuenta. Pasaron cosas. Nos besábamos, nos frotábamos. Un día, me llamó y me dijo que su casa estaba sola. Fui. Era verano y el calor había dejado su cuerpo caliente y pegajoso, y si lo recuerdo es porque casi todo lo que hice esa tarde fue tocarla. «Me haces daño», dijo tratando de detenerme en el momento justo en que entré.

Pero luego ya no se quejó.

Cuando estábamos aún en la cama, me acarició el pelo y se puso a recordar que años atrás a ella le gustaba visitarme en mi cuarto. El comentario me puso alerta. Volteé a mirarla.

— ¿Por qué dejaste de ir? —le pregunté.

— ¿Adónde?

— A mi cuarto.

— ¿Dejé de ir?

— Sí. Ibas mucho y después ya no.

— Es cierto. No lo sé, creo que comencé a sentirme rara allí.

— ¿Rara?

— No sé si *rara* es la palabra; no me sentí cómoda.

Me pregunté por mucho tiempo si hubiera sido mejor haberle dicho la verdad en ese momento: «No viniste más porque te metí mano». ¿Era mejor ponérselo en esos términos? No lo sé. Preferí no hacerlo, quizás existía una razón por la cual su mente había borrado el recuerdo: para que el chico que ahora se acostaba con ella, el primer chico de su vida, no pudiera calzar en la categoría de bastardo. Simplemente eso. Así que no se lo recordé esa vez ni ninguna otra.

Un año más tarde, descubrí que me engañaba con mi mejor amigo. Pero esa es otra historia, eso no tiene nada que ver con Rebeca y su memoria, y la sucesión de hechos que me han ido poniendo en el lugar en el que estoy, a punto de con-

testar una llamada que —lo sé— tiene por móvil el encargo más extraño de mi vida: hacer memoria.

A pesar del invierno, la foto de la pared se ilumina a esta hora, creando una continuidad entre la luz capturada en La Paz hace veinticinco años y la luz blanca de Nueva York.

He dormido poco estos días y por eso la vibración del celular se siente como un taladro cercano. Todavía no termino de vaciar la maleta, que aún huele a Lima por dentro. Sobre la mesa, descansa mi *laptop* cerrada y unos dibujos que traje de allá, de la casa de mis padres. No sé quién dijo que los mensajes en papel serán los únicos que sobrevivirán de aquí a cincuenta años, porque todo sistema de almacenamiento digital resultará entonces obsoleto e inaccesible, como lo son hoy los disquetes de cinco pulgadas con cartas de amor en Word Perfect 5.1. Puede ser. Los papeles que ahora están en la mesa tienen un cuarto de siglo y las líneas a lápiz todavía son muy nítidas. La conservación ha sido buena, entre otras cosas porque durante años la luz del sol no les llegó, cosa que sí está pasando ahora mismo: el día es despejado a pesar de la nieve.

Una de las hojas tiene un dibujo del Che Guevara. Lo hice antes de cumplir los siete años, en La Paz.

El teléfono vibra otra vez. El número que aparece en la pantalla coincide con el de la tarjeta que descansa encima de mi escritorio: *Nuria Ramón*.

Hace frío afuera.

A esta hora, el restaurante debe estar vacío.

6

Una semana después conocí la escuela.

En realidad, se trataba solo de un aula, no más grande que un garaje doméstico. Quedaba detrás del edificio diplo-

mático, luego de pasar un camino de piedras sobre el césped y doblar un muro de ladrillos. El salón de clases —no sé cómo me enteré de esto— había sido un depósito para los artículos de limpieza. Tenía una sola ventana que daba al jardín exterior, donde habían colocado unos columpios. Al lado izquierdo, había una huerta que terminaba en un muro altísimo de adobe. La historia era más o menos así: luego de obtener la autorización de la isla, la maestra había limpiado el depósito hasta convertirlo en un espacio apto para ser un aula. Con la ayuda de los custodios, había conseguido equiparla con todo lo necesario para atender a los pocos alumnos que recibirían clases allí: libros de texto oficiales, cuadernos de práctica para llenar, pupitres de madera y una profesora —ella— para todas las materias. Los estudiantes eran hijos de los diplomáticos que trabajaban en la embajada. La idea era que los chicos no perdieran el tren del programa educativo cubano mientras permanecían lejos de la isla.

Luego supe que mi padre había conseguido un permiso especial para que pudiéramos entrar allí. Tuvo que pedirselo directamente al embajador.

El primer día, hubo una pequeña ceremonia. «Bienvenido, pionero Iván», aparecía en una cartulina blanca en el dintel de la puerta. La bandera de Cuba colgaba de un asta de madera, era una especie de bandera de gala. El esposo de la maestra y otros funcionarios permanecían de pie rodeándome. También estaban mis nuevos compañeros: Aníbal, el hijo del embajador, y Misael y Tania, los hijos del cónsul. Frente a ellos juré ser fiel a la Revolución, a mis padres y a mis condiscípulos, juré con la mano encima de la frente y los dedos pegados —me enseñaron el saludo allí mismo— y entonces, conforme a un ritual que parecía tener un libretto milenario, mi padre procedió a atarme el nudo de la pañoleta azul en el pecho. Mi padre, como la mayoría de los padres, era torpe cuando quería acomodarme alguna prenda. Al agacharse y poner sus manos en mi cuello, tuvo la misma delica-

deza de quien amarra fuerte una caja para enviarla vía marítima a otro continente. Finalmente, logró hacer el nudo y me abrazó. Aplausos.

Luego los invitados se dispersaron. Mis padres se fueron y nos quedamos solos. La primera regla de ese día: a la maestra se le dice «usted» y no «tú». Lo sé porque recuerdo que decodifiqué mal la instrucción y, en el transcurso de la mañana, dije:

—Usted, ¿puedo ir al baño?

La maestra se llamaba Yannis, lo escribió en la pizarra solo para mi información, porque no podíamos llamarla por su nombre. Era grande, era una mujer grande y gruesa: sus piernas, sus brazos, sus tetas y también su voz, la voz de alguien que discute. Olía a dulce y a cuero mojado y los primeros días no me enseñó muchas cosas, más bien solía abrazarme con la fuerza de un orangután, cargarme en peso y sentarme en sus faldas sobre el asiento negro que ella giraba levemente con ayuda del pie. Yo era como un juguete nuevo para ella, uno extranjero y dócil. Me apretaba hacia sí y tomaba mis manos, las comparaba con las suyas y decía: «¡Pero mira tú qué manos tan chiquiticas!», opinión que Aníbal y Misael avalaban desde sus sitios, extendiendo sus larguísimos dedos como medida de comparación. Yo me quedaba inmóvil, no me atrevía a decirle que ya sus tetas contra mi espalda me daban calor y que sus brazos empezaban a asfixiarme. Ella acercaba su boca a mi oído y hablaba con ese acento que todavía me sonaba a canto: «Mi niño, ¿quieres que te haga el cuento de la buena pipa?».

—Sí.

—Yo no te digo «sí», yo te digo que si quieres que te haga el cuento de la buena pipa.

—No.

—Yo no te digo «no», yo te digo que si quieres que te haga el cuento de la buena pipa.